

## A LA MEMORIA

# Semblanza

*Aída Miraldi*



---

CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA<sup>1</sup>

Hace muy poco tiempo, menos de cuatro meses, que Aída no está presente. El duelo está aún en curso.

Dudé de si estaría en condiciones de aportar algo a este homenaje, más allá del deseo de testimoniar afectos y reconocimientos al ser humano rico y complejo que ella fue, y en lo personal por sobre todo a una gran amiga.

Durante cerca de cuarenta años tuve la oportunidad y la suerte de contar siempre con su entusiasmo para estudiar lo que fuera. Nos conocimos en los años del Laboratorio de Afecciones Corticales del Hospital de Clínicas, con Carlos y Célica Mendilaharzu liderando un grupo heterogéneo multidisciplinario que daba inicio a la neuropsicología. En nuestros ateneos se cruzaban y tejían conocimientos que desde distintos campos se y nos polinizaban. De esas reuniones siempre salíamos con la convicción de que teníamos y queríamos conocer más y por ende estudiar más.

Luego vinieron los años de APU y esas convicciones se mantuvieron y acrecentaron.

Aída tenía una curiosidad que desde su insistencia interna alimentaba una disposición incansable a la búsqueda, a indagar, a escudriñar en textos, bibliotecas, ferias de libros, libros de feria, en los últimos requeches de la

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@adinet.com.uy

feria de Tristán Narvaja, esos que ya no están en la zona de los libros sino donde los libros se desechan y tiran, y siempre encontraba algo.

Con esa curiosidad inquisidora y su amplitud de intereses, enriquecía los temas, las discusiones, a veces arborizando el pensar, a veces calando hondo en un no contentarse con la primera, segunda, tercera respuesta.

Era lo opuesto a la respuesta expeditiva. El asunto era cuestionar, cuestionar y cuestionarse como en un permanente ejercicio analítico en el plano del trabajo con ideas y conceptos. En el plano docente, para los candidatos esto podía resultar una maravilla o quizás a veces un calambre.

La amistad con Aída también se enriquecía con su oferta solidaria y generosa de ayudas y colaboraciones en lo que fuera, y lo hacía de corazón. (Trabajar en el jardín, cocinar, cuidar un enfermo, etc.)

Era exigente consigo misma y esperaba lo mismo del otro, en la amistad o en el cumplimiento de las funciones que fueran. En esta zona también se decepcionaba y calentaba, pero para no arremeter llamaba a sus amigas y pedía opinión.

Porque en esas situaciones pasionales tenía algo de los antiguos cruzados (si sacamos a Dios, claro): iba al frente sin medir o saber con qué se enfrentaba.

Recuerdo una vez con su mamá internada en el Casmu. Le habían dado una habitación totalmente sucia.

Pidió dos veces que la limpiaran y nada.

Entonces bajó, compró lo necesario y la limpió ella.

Pero desestimó al adversario, los compañeros de la salud, que respondieron cambiando a la señora de habitación.

Pienso que la presencia de Aída significó una oportunidad de enriquecimiento para la institución APU como tal, así como para cada uno de nosotros de acuerdo con su ecuación personal.

La suya era una presencia no muy bulliciosa, pero una presencia activa, productiva en los distintos espacios, seminarios, talleres, laboratorios, grupos de estudio, en las reuniones científicas de los viernes. Solía aportar un sesgo distinto, un nexo no pensado, o desde sus dudas o disensos, que podían llegar a incomodar, pero que siempre tenían el saldo positivo de ponernos a pensar, de hacernos trabajar. Aída nos movía la cabeza.

Ahora, en momentos en que su ausencia nos reúne para hacerla presente en la evocación, me voy a permitir, para finalizar, compartir un detalle de su persona que quizás nos haga sonreír por su naturaleza y por cómo ella lo integraba y elaboraba en ese su estilo propio. Y al mismo tiempo compartir con ustedes algo del deleite que ella experimentaba frente a algunos textos.

El «detalle personal» era un rasgo de coquetería femenina que sostenía a ultranza: no confesaba su edad.

No importaba cuánto confiara en la persona, en su discreción, en su hermetismo para secretos y confidencias.

El tema siempre quedaba para un «después lo hablamos», que, obvio, nunca llegaba.

#### LO COMPARTIDO A COMPARTIR

Hace unos meses, poco antes de morir, me dijo que estaba leyendo algo interesantísimo.

Se trataba de un ensayo de Kant traducido del alemán por un autor que incluía sus propios comentarios y que el resultado era muy gracioso.

El autor era Thomas de Quincey (1785-1859) (1823 a 1851). *La farsa de los cielos. Ensayos*, 1.<sup>a</sup> ed., Buenos Aires: Paradiso, 2005.

El ensayo de Kant era «La edad de la Tierra» (en *Cosmogonía*, 1775).

Comparto entonces dos breves trozos de esta placentera y sugerente lectura que Aída descubrió y balizó, para que hoy podamos disfrutarla como ella lo hizo:

Kant no se proponía determinar cuántos años había vivido la Tierra: esos estériles acertijos no lo preocupaban a él. Pues aun si hubiera algún medio para que la Tierra nos dé una respuesta honesta a un punto tan delicado... ¿Qué beneficio supondría contar con la partida de nacimiento o el acta de bautismo de nuestra querida y pequeña madre Tierra? Fijar la cantidad positiva de años durante los que nuestra Tierra ha existido —cincuenta millones por ejemplo— nos dejaría en la oscuridad total con respecto a la pregunta de Kant: ¿Qué parte de la duración total concedida a este planeta constituye esa cantidad? ¿Es la milésima o la millonésima parte? (p. 125).

... debemos explicar qué entendía Kant por este interrogante. Era esto: aunque sepamos que la Tierra ha vivido una cierta cantidad de años, eso nada nos dice sobre el *período* de la vida, la *etapa*, que supuestamente alcanzó. ¿Es de hecho una niña o una mujer adulta? Y si es adulta y uno da una fiesta en el sistema solar, ¿es el tipo de mujer a la que le presentaríamos un compañero de baile, algún joven y feroz caballero como Marte, por ejemplo? ¿O diríamos que es el tipo de compañera que toma asiento en la mesa de whist? (p. 126).

Porque después de todo, ¿hay una respuesta fija a este interrogante? Acaso la Tierra es, en realidad, joven y vieja a la vez. ¿Joven? Si no es joven ahora, acaso lo será en el futuro. ¿Vieja? Si no es vieja ahora, acaso ya lo *fue* y tenga una buena posibilidad de volver a serlo. De hecho es un Fénix que dispone de secretos recursos para renacer de sus cenizas (p. 127).

... si pudiéramos convencer a nuestra querida y excelente madre Tierra de que nos dijera su edad exacta en años julianos, aun *eso* nos dejaría en la misma oscuridad: porque si la respuesta fuera «Pero, chicos, en mi próximo cumpleaños tendré un millón de siglos aproximadamente», aun así nos sería imposible determinar el *valor* de su edad: ¿significaría eso que no es más que un pollito o que está «entrando en años»? Por el otro lado, si respondiera (negándose a confesar odiosas circunstancias): «No se preocupen, chicos, por mi cantidad exacta de años, que es un recordatorio desagradable; confieso que soy una dama de cierta edad», aquí, en sentido inverso, dada la *valoración* de la edad, nos sería imposible saber el número absoluto de años: ¿«cierta edad» significa que mamá tendría un millón o quizá no mucho más de setenta mil? (p. 129). ♦